



ver con este tema, pero que me temo no sea así.

Desaparecieron ya aquellos kioscos de madera grisácea o de verde primavera que por diez céntimos, y después por dos reales según le exigía el nivel de vida, cambiaban novelas viejas. El lector, ese lector analfabeto, que sin embargo leía febrilmente estos nuevos "libros de caballerías", sabía de memoria los títulos leídos simplemente por el dibujo de la portada. Y así, inmóvil, sin mover un músculo, dejaba que el kiosquero fuese pasando uno a uno todos los cuadernillos que, mugrientos y manoseados, constituían el fondo editorial del tienducho de la esquina más fría del barrio.

Y si los lectores eran "sui géneris", no menos lo eran los héroes de sus sueños. Anglosajones siempre, de recia constitución, fuertes puños y reflejos felinos. Fundamentalmente altos; jamás un héroe de novela popular fue de estatura inferior a un metro ochenta.

Estefanía describe así al héroe en una de sus novelas: "El sombrero debía estar a unos seis pies y medio, por lo menos, del suelo. De compleción fuerte, pero con ausencia absoluta de grasa. Los movimientos de este muchacho daban la impresión de un felino y sus ojos, negrísimo, centelleaban a veces como metal en fusión".

Queda todo dicho.

Y todos ellos, siempre, al servicio de la ley.

Curiosamente ciertas novelas de esta categoría tienen un cierto parentesco con el llamado género negro y se adivina que algunos de sus autores han leído a los maestros del género, pero ellas no tienen nada de negras; más bien rosas, por los finales felices que suelen gastarse.

Otros autores, como Keid Luger, meten una buena dosis de humor en sus obras, gracias al desparpajo con el que se desenvuelven sus personajes por el mundo del hampa, cosa que es de agradecer, pues la sangre se lleva mejor si uno se la toma por las buenas. Otros se lo toman a la tremenda, como el famoso Estefanía, y entonces es tan difícil de llevar la cuenta de los muertos que se renuncia a ello, pues suele ocurrir que al final hubiesen caído el doble de habitantes de los que en un principio reunía el pueblecito de la tragedia.

No tienen estas novelas del Oeste la bondad de aquellas añejas de Karl May. Si a eso le añadimos la evolución que en los últimos años han experimentado al aderezarle su buena dosis de sexo, nos encontramos con que ya nada es como antes, que los "géneros degeneran" y que más vale sentarse ante la TV.

Es verdad que este tipo de literatura puede emparentarse con lo que enton-

ces y ahora entre muchos aficionados se llaman tebeos. Pero existe una diferencia fundamental, casi de Perogrullo: los tebeos se basan en la ilustración mientras que la novela es texto. Los tebeos son para ver mientras que las novelas de bolsillo son para leer. El tebeo no es un material de lector sino de "voyeur". De hecho muchos compradores de tebeos, tanto entonces como ahora, hojeaban cientos de veces los cuadernos pero nunca los leían.

La unión entre tebeos y novelas de kiosco estaría en el tema, en los personajes, en las aventuras, en los mismos héroes. Quizá el tebeo pertenezca a una edad (de ahí esa creencia e identificación de tebeo e infantilismo) mientras que la novela pertenece a otra, y que de la primera se pasa a la segunda.

En fin, que este tipo de literatura persistirá mientras queden lectores con imaginación y sed de aventuras, esos lectores que no aceptan las ideas planas de la TV, que quieren inventar sus propios personajes, sus propios decorados y argumentos, y, quizá, su propia vida fracasada.

F. TORRES